

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Emilio Contreras

“Merienda”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 73, julio-septiembre de 2025, pp. 17-18.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Lo oímos llegar temprano. Mamá ya había preparado las chuletas. Sofía le ayudó con la limonada y yo puse la mesa. Cada quien tenía su plato, pero yo solo había considerado

Merienda

Emilio Contreras

Fue instantáneo, dudo que mamá haya visto el encuentro de la palma sobre los dedos afianzados de mi hermana. Una caricia que me supo a carne fría, y él asintió. Puso la limonada frente a su rostro y ladeó el vaso hacia sus labios.

tres lugares. No decíamos nada antes de que él llegara. Ni siquiera mamá tenía encendida la radio. Afuera llovía, la única música que sonaba. Trajo el viento su aroma antes de que él llegara. A ceniza, a hierba macerada bajo el sol, sulfurosa. Estaba ahí, a unos metros de nosotros. Envuelto en la penumbra. Sofía había empezado a comer; ahora no masticaba y la carne se le enfriaba hecha bolo. Mamá, sentada al frente, tenía los ojos puestos en los chícharos. El platón con la carne aún humeaba. Volteó a verme. Respiraba con dificultad, se movía cada vez menos, como si las pisadas que ahora se aproximaban a mis espaldas fueran recortando la fuerza de sus pulmones. Sofía tan quieta como siempre. Tragó. Pero cuando lo sentimos en el umbral que da a la cocina, ella fue la única en levantar sus pupilas marrones. Tantas veces le dijeron que tenía sus ojos. Que veía el mundo tal como él lo hacía. Una mirada de la cual enorgullecerse. No tosió, como acostumbra él. Me dio una palmada en la espalda, firme, y después agitó mi cabello. Casi podía oír que sus labios se contraían, mostrando los dientes

torcidos, amarillos, esculpidos en un sucio roble. Deslizó la silla mientras su peso apretaba dulcemente el asiento de madera. Sus manos labradas senderearon sobre la mesa. Yo aún no levantaba la vista. Sofía se levantó de su lugar y fue detrás de mamá. Pero no para abrazarla, como habría hecho yo: se agachó frente a las gavetas, donde estuvo rebuscando unos segundos, al tiempo en que estas manos ahora se cerraban en una trenza de dedos y pecas. Esperaba. Sofía extrajo el plato y el vaso y se los fue a dejar enfrente. Se encontró con las manos tocándose, pero las alzó y recibió los trastes. La carne ya no humeaba.

—Adelante, por favor —dijo—. Se está enfriando.

La lluvia bramaba. Sofía trajo de otro cajón cuchillo y tenedor. Se los puso sobre el plato. Solo entonces se sentó de nuevo. Él retiró los utensilios del plato. Tintinearón sobre la superficie. Afuera relampagueaba. Alzó el plato, dejando su mano extendida. Levitó ahí un rato, antes de que yo o cualquiera entendiera su muda súplica. Subí los ojos: mamá se había alzado para tomar el plato, pero al acercarse sus

manos él contrajo su brazo apenas unos centímetros, meneando la cabeza. Solo entonces descubrí que me estaba viendo. Su ojo bueno, al menos. El otro se extrañaba, podía dirigirse a mamá o a mi hermana. Pero el bueno, fijo como un clavo en la pared, adelantaba su retina y hundía su pico en mi frente como en una pared. Sonrieron los dientes color canela. Cuando abrió la boca percibí el azufre. Tomé el plato, le serví dos chuletas y una generosa cucharada de guisantes. Cuando se lo devolví, servicial, ya tenía los brazos retraídos.

—¿Querrá que le caliente...? —empecé a decir, pero irguió su palma derecha. No requirió el índice en los labios, su sonrisa se había convertido en un tajo delgado. Giré un poco la cabeza: noté sobre la duela algunas huellas de agua. No se había hecho lodo. Casi con pena, me serví una chuleta. Sofía retomó la suya, con una avidez que la orillaba a palpar la gomosa consistencia de la carne. No utilizaba los cubiertos. Masticaba, como él, sin procesar las fibras. Pensé que eso podría enojarlo. Mamá no se sirvió. Solo veía los alimentos, como si quisiera asegurarse de que todo estuviera en orden, pese a que ya no podría enmendarlo. Él cortaba trozos menudos y se los llevaba a la boca. El tenedor pescaba cada chícharo. Comía despacio, pero avanzaba más rápido que nosotros. Chasqueaba su lengua, la boca abierta. Vi adentro el bolo grisáceo. En un punto él se detuvo y se quedó viendo un punto indefinido sobre la mesa.

Sofía lo imitó, yo dejé de comer. Igual la carne no me sabía: sentía cada bocado deslizarse entero hacia mi estómago. Sofía movía sus ojos. Veía algo que yo no estaba entendiendo. Él estiró su mano y con la uña tintineó el vaso vacío. Mamá respiraba como si el aire helado le irritara la nariz. En cualquier momento podría estornudar o toser, y estoy seguro de que eso convertiría aquel visaje horizontal en uno de disgusto. Pero Sofía acertó, de algún modo. A fin de cuentas, ella tenía sus ojos; miraba lo que él quería que viera. O lo que él necesitaba que los otros vieran por él. Él sonrió de nuevo cuando Sofía acercó el vaso a su lado, luego se inclinó hacia la jarra con limonada y, juntando ambos envases, sirvió el líquido. El pulso le temblaba. Era una jarra de vidrio genuino, mi hermana no estaba acostumbrada a semejante peso, mientras escanciaba temblequeando el agua azucarada. El acto captó la atención del ojo bueno. Presagí que esa sonrisa podía cambiar en un segundo. Su volubilidad era tan delgada como el chorro que Sofía procuraba tiernamente. Todo lo hacía casi con amor. La lluvia sonaba como atabal que se ahoga. Logró llenar el vaso sin derramar gota alguna. Pero no había ningún asomo de triunfo en su semblante. Solo derrota. Le regresó el vaso lleno, aunque en esta ocasión se encontró la mano preparada para recibir el cilindro, para que Sofía no tuviera que esforzarse más. Fue instantáneo, dudo que mamá haya visto el encuentro de la palma sobre los dedos afianzados de mi hermana. Una caricia que me supo a carne fría, y él asintió. Puso la limonada frente a su rostro y ladeó el vaso hacia sus labios. Su sed usurpó su atención de la carne roída de los guisantes como ruinas. Sorbió, sí, sin chistar, hasta que las burbujas de-

jaron su espíritu contra las paredes del vaso. Tragaba sin ninguna dificultad. El limón debía saberle estupendo. Colocó de nuevo el vaso en la mesa de un modo que ni siquiera yo supe si quería decir que estaba satisfecho o si quería más agua. Los ojos marrones no debieron bastarle a Sofía, quien no se movió ni un milímetro, ni siquiera para volver a comer. Nadie le sirvió, pero no pareció molestarle. La única turbación que yo notaba estaba en mi madre, en la palidez de su rostro. Hubiera querido acercarme, abrazarla. Poner el calefactor a su lado. Hubiera querido que él se fuera y no volviera más. Dejé también que mi merienda se enfriase. Acabó él, luego, al rato, no sabría decir cuánto tiempo pasó. La tormenta no disminuyó. Él usó uno de los huesos de la carne como mondadientes. Tomó la jarra y se sirvió medio vaso. Se lo bebió de golpe. Me miró y yo miré su ojo bueno, oscuro, alegre, y pensé que Sofía tenía los ojos bonitos y no, no podía heredar ella esa tensión ocular. Solo lo pensé. Pero nunca digo nada. Tras enderezarse, puso de nuevo la mano sobre mi espalda, pero se arrastró hasta mi hombro, que apretó. Ningún tipo de calidez, solo un estrujamiento opaco. Dio un rodeo a la mesa. Se paró frente al lavabo y abrió el grifo. Lo oímos lavarse la cara, beberla para escupir sobre los trastes sucios esos ácidos gargarajos que luego habríamos de lavar. Se secó en los faldones de su saco. Cuando estuvo detrás de Sofía y le acarició la cabeza, mamá se alzó. Tenía los ojos puestos en el ojo malo, inerte; apretando sus puños, pensé que por fin descargaría la ira de tantos días en esa piel gruesa, como cuero. Me vi empuñando el cuchillo, y el gesto no pasó inadvertido, pues su ojo bueno seguía puesto en mí, mientras que el malo inyectaba su ca-

davérica esclerótica en mi madre. Acariciaron el cuello de mi hermana, sus dedos gruesos, hasta el hombro. La besó en la cabeza y la apartó. Puso la mano detrás, a la altura del cinturón, donde cuelga su funda. La otra mano se estiró hacia mi madre, quien dio un manotazo y cayeron las chuletas. Pero él ni se inmutó. Dio un paso al frente, al tiempo que yo me incorporaba envaletonado por fin, pero fueron sus manos ágiles, pues pronto se enredaron en torno al cuello materno y yo, casi encima de la mesa, me rendí ante la franca satisfacción de él, quien meneaba la cabeza, convencido de que jamás representaríamos amenaza alguna para él. No hubo otro atentado: en cuanto deshizo ese conato de estrangulamiento, tocó los hombros de mamá. Sofía no gimoteaba, tampoco se le habían enrojecido las pupilas como a mí. Esta vez, su sonrisa traslució, por un segundo, la carcajada seca de él, quien dio toda la vuelta al comedor y, una vez en el umbral, nos dio la espalda. Oímos sus pisadas alejarse, apisonar el polvo del linóleo hasta la puerta, donde se paró unos segundos. Cuando abrió la puerta oímos la lluvia arreciar, con tal ímpetu que habría ensordecido el portazo que él dio tras salir. En el piso las huellas se deshacían. Persistía su aliento sulfuroso. Vi mi plato, vi a Sofía. La carne y los chicharos regados sobre la mesa, el piso. Vi que mamá descargó el puño rabioso contra la agrietada superficie de la mesa, una y otra vez. Y vi que afuera tronó la lluvia sobre este pueblo abandonado. **LPyH**

Emilio Contreras (2000) es licenciado en Estudios Literarios por la UAQ. Es autor de *Los párpados* (Eleusis Editorial, 2024) y *Hombres ridículos, actos miopes* (Herring Publishers, 2025). Actualmente estudia en El Colegio de San Luis.